

QUIEN SE VA A ALEMANIA ¿PIERDE SU SILLA?

BERLIN es una hermosa ciudad que sorprende al forastero cargado de prejuicios literarios e históricos porque la reconstrucción no ha significado la pérdida total de la identidad de la vieja ciudad. El que esto suscribe llegaba a Berlín invitado por el profesor Ronald Dauss para dar una charla en la Universidad Libre sobre literatura propia y ajena en el contexto de la organización española de la cultura de élites y la cultura de masas. Dauss es un excelente guía, muy bien orientado en un Berlín que conoce bien y en las literaturas portuguesa y española, que conoce con tanta libertad de lector como la que aplica a la ciudad en que vive. Recorrer Berlín junto a un alemán joven e ilustrado, dotado del don de la distancia histórica y de la ironía culta es un agradable entretenimiento si uno no tropezara o doquier con el dramatismo del muro, símbolo encarnado del propio dramatismo de esta ciudad, de la historia de Alemania, de Europa, e la Historia en general. Desempeñar en Berlín el papel de conferenciante con muchos kilómetros de distancia de la realidad socio-cultural descrita, también hubiera sido un agradable entretenimiento si de pronto no se hubiera uno visto cercado de dramática realidad española. Desde el comienzo de mi charla no pude apartar los ojos de un matrimonio evidentemente español sobre cuyas rodillas cabalgaba una niña de dos o tres años, paciente y distante, oyente de mis esfuerzos intelectuales para explicar qué significaba escribir en España. Mientras hablaba, distinguía rostros hispánicos en el cuadrado cerco de oyentes alemanes, en su mayoría estudiantes de Lengua y Literatura Española. Al acabar la charla, hubo preguntas en español germanizado, en alemán, pero también en español extremeño y en español suavizado por un lejanísimo deje gallego. Después, los españoles asistentes me pidieron que fuera a hablar a un centro social situado en uno de los barrios obreros de Berlín. Habían acudido a la Universidad Libre atraídos por la presencia de un periodista de TRIUNFO, revista que conocen, más que por la presencia de un representante de la Literatura Española, Literatura que desconocen en su mayoría. Quedamos citados en su centro social al día siguiente y a él llegué después de un fatigoso día iniciado con una visita al Berlín Oriental, guiada por un trío de españoles, filósofos ellos, historiadora ella, siempre precedidos por un niño fugitivo, hijo de matrimonio de filósofo e historiadora, que trataba inútilmente de llegar al Berlín Oriental a velocidad superior que la fijada por la parsi-

monía burocrática. La madre trataba difícilmente de contener la impaciencia de José Mari, que a sus tres años de edad demostraba una extraordinaria prisa por llegar cuanto antes a Berlín Oriental, a la torre de la Alexanderplatz, y desde el mirador tratar de adivinar bajo

Padres de Familia, a lo largo de un año de trabajos en horas libres, para hacer habitable una pequeña fábrica abandonada en el seno de un patio interior de barrio obrero berlinés. Alquilaron la vieja fábrica, trabajaron, aún trabajan, duro para reconvertirla en un centro so-

M. Vázquez Montalbán

la neblina los contornos de una ciudad amurallada, una auténtica isla, dentro de la que existen otras ciudades amuralladas, otras islas, como la compuesta por los 3.000 emigrados económicos españoles.

«No tiren colillas en la escalera»

El centro español de Berlín ha sido realizado por la Asociación de

cial apto para que los trabajadores españoles en Berlín tuvieran un punto de reunión, un pedazo de territorio auténticamente propio, aunque fuera de alquiler. Por la escalera de acceso se repiten los cartelillos escritos en hojas escolares, también en una letra escolar: «No tiren colillas en la escalera». Potes de hojalata, seguramente vaciados, de conservas españolas, jalonan la ascensión, a manera de ceniceros

por una escalera vieja y pulcra, de mostración misma de que la consigna se respeta. En el recibidor hay murales en la pared, con recortes de prensa española, y entre ellos un último recorte de TRIUNFO, el que se aludía a problemas de emigrantes. Tras el recibidor, una amplia sala donde colores y muebles de aluvión se extienden entre un pequeño escenario y la barra de bar. No es una ilusión óptica. El local podría ser muy bien ese pequeño bar de pequeño pueblo en el que se baila, se habla y se bebe entre el cansancio de uno y otro día. En un rincón, sobre el acceso a los lavabos, han construido un alero saledizo con tejado.

—No son tejas de verdad. Son tubos de goma. Los hemos cortado de tal manera que parece un tejado español.

Me enseñan con orgullo su trabajo extra de un año. En una sala se juega al ajedrez; en otra, los niños, que hablan un alemán perfecto y un español imperfecto, contemplan la televisión. La sala de los niños ha merecido un especial cuidado, por ejemplo, está enmoquetada, con «revestimiento de fondos», como dirían las revistas de decoración. Una sorprendente combinación de recortes de moqueta componen ese heroico, emocionante tapizado que ablanda al menos un pedazo de suelo de este mundo para los pequeños pies de los niños. Se disculpan los miembros de la Junta Rectora —elegidos democráticamente, según me insisten una y otra vez— por el relativo desorden de todas las instalaciones.

—Esta será la Biblioteca.

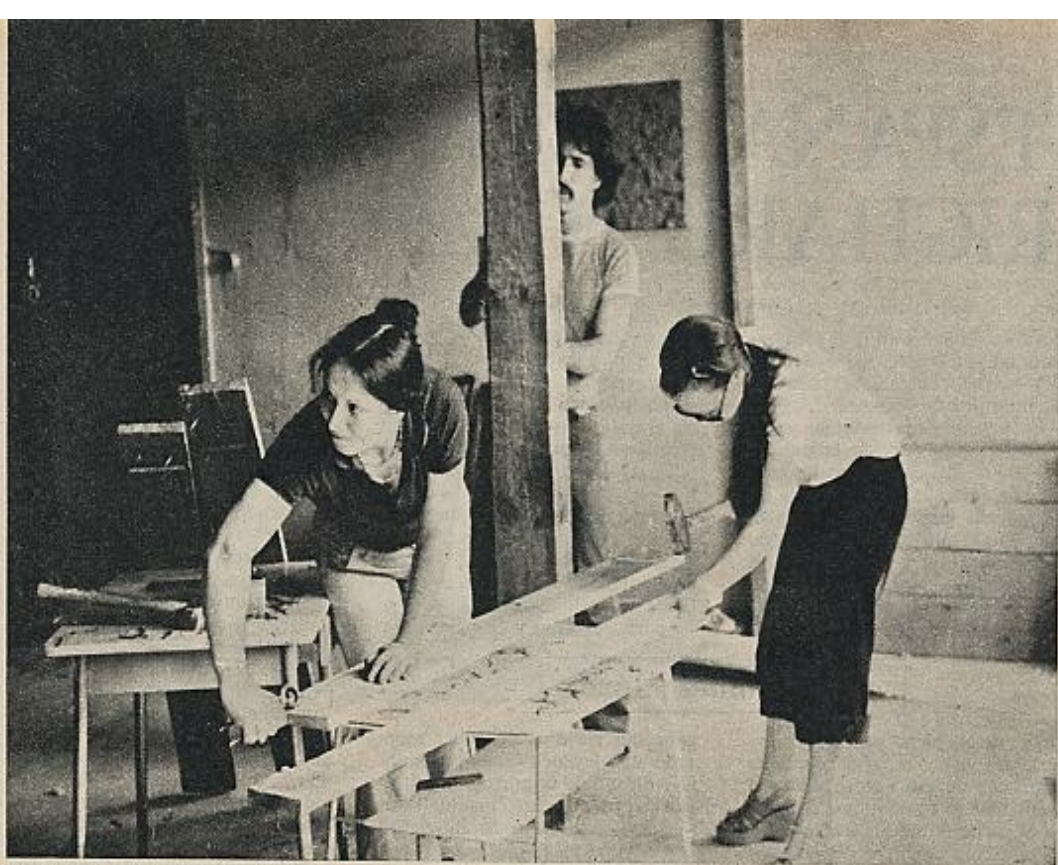
De momento es un auténtico taller de carpintería donde se sigue trabajando para completar las instalaciones del centro. Todo se ha hecho aquí, a mano y con tiempo, tiempo caro, tiempo de descanso para trabajadores sumergidos en las exigencias de la dura producción de la Europa industrial. Me enseñan fotos para que compruebe cómo estaba todo esto antes de las obras y me explican todo lo que falta por hacer.

—Aquí ya damos cursillos de español para los hijos de matrimonios mixtos, también cursillos de enseñanza media y hasta de ajedrez.

Cierran el bar para que comience el coloquio. Se centra el tema sobre la evolución de la Prensa, la Radio y la Televisión Españolas en relación con la evolución de la sociedad. Me cuesta quitarme de los labios el idioma que utilicé el día anterior para comunicarme con universitarios. Los intelectuales españoles muy pocas veces hemos tenido la oportunidad de comunicarnos con la clase obrera, ni siquiera los intelectuales que de ella pro-



Para el centro español de Berlín se aprovechó el local de una pequeña fábrica abandonada en el seno de un patio interior de barrio obrero berlinés. En la foto, interior del centro en la primera fase de trabajo.



Todo se ha hecho aquí a mano y con tiempo, tiempo caro, tiempo de descanso para trabajadores sumergidos en las exigencias de la dura producción de la Europa industrial.

ceden consiguen superar la barrera de unos códigos delimitados por la división política de la cultura. Dejé de hablar lo antes posible para que se abriera el coloquio y las preguntas estaban ya en la punta de los labios, como cargas de pistola, agresivas algunas veces, sinceras siempre, auténticas podríamos decir, porque nacían de un profundo y oscuro deseo de acercarse al país perdido, a sí mismos, a la esperanza de volver algún día a un país más suyo y mejor.

Volver, volver, volver

Me preguntaron por qué los periodistas españoles escribimos en un lenguaje hermético. Si era ver-

dad lo del aperturismo. Por qué se desconoce tanto en España la vida y problemas de los emigrantes. Qué se está haciendo en España para absorber la mano de obra española que empieza a sobrar en toda Europa. Por qué de los emigrantes sólo preocupa que repatrien divisas y nada más. Por qué ninguna entidad oficial española les ha ayudado a construir su centro de reunión, a pesar de un montón de promesas incumplidas. Por qué los adultos que realizan estudios medios tropiezan con tanta indiferencia por parte de las autoridades educativas españolas.

—He de ir a examinarme a Hannover. Llevo años estudiando el Bachillerato, quitándome horas de sueño, rascándome el bolsillo por los

viajes y estancias en Hannover. Vienen profesores de España a examinarnos. Me ponen nota en una asignatura en la que no me he presentado. Me ponen no presentado en otra en la que sí me he presentado. Me califican como aprobado en alemán, después de estar catorce años trabajando en Alemania.

Este es un caso. Pero en todas las preguntas se percibe la común angustia de isleños olvidados.

—Eramos cinco mil españoles en Berlín y ya sólo quedamos tres mil. Se nos sacan de encima poco a poco. Sabemos que tampoco podemos esperar un trabajo equivalente, ni un nivel de vida equivalente si volvemos a España. ¿Qué se está haciendo por nosotros? Ante la crisis de empleo, ¿qué medidas preventivas se han tomado?

Hay serias reticencias sobre el papel de los medios de comunicación en España. En su opinión no tratan ni lo suficiente ni con objetividad los problemas de la clase obrera. Están al día del conflicto de la Seat y me ponen al día a mí sobre los acontecimientos de Pamplona.

—¿Usted cree que puede haber democracia con Rey?

—Oiga. Le voy a hacer una pregunta indiscreta. ¿Después de Franco, qué?

—¿Este mismo coloquio lo podríamos tener libremente en España?

—No lo digo por usted, ¿eh? Pero me parece que los periodistas españoles tienen muy poca... ética.

—¿Por qué la prensa crítica española emplea ese lenguaje que sólo entienden su padre y su madre?

—Mire, le voy a hacer otra pregunta indiscreta. ¿Por qué ha venido usted a gastar su tiempo hablando con nosotros?

—¿Qué papel atribuye usted a la

clase obrera española en un momento de cambio político?

—¿Ese cambio va a ser rápido como se dice o nos va a salir a todos barba?

Termina la cosa entre aplausos que ellos se merecen más que yo. Continúa el diálogo de uno en uno. Voy de uno a otro. De ofertas de copas de jerez a preguntas que siempre inciden en el mismo tema: volver, volver, volver. Me presentan a uno que aquella misma noche coje el tren hacia España.

—Vuelve para quedarse.

Me dicen fascinados. Y una dama, morena, fuerte, me aborda con una decisión de delantero centro.

—Si un día nos presentáramos en la frontera los tres mil que vivimos en Berlín y dijéramos: se acabó el asunto, volvemos a España y queremos trabajo, ¿qué pasaría?

—Es lo que tendríamos que hacer.

Dicen las voces del coro.

Un ajedrecista explica su partida

Ya asistió a la conferencia de la Universidad y charlamos ahora, una vez terminado el informal coloquio. Se llama Emiliano, y es el responsable de la sección de ajedrez. Ha sido un observador callado, distanciado, pero sumamente receptivo de todo lo que se ha hablado. Tiene fama de ser un excelente jugador de ajedrez, de haber conseguido buenas clasificaciones en ligas de ajedrecistas. Le digo que, sin duda, ganará todos los campeonatos que organice.

—No. De vez en cuando se deja ganar.

Dicen a mi lado. El ajedrecista me explica su partida.

—Lo importante es que aprendan los niños. Todo en este centro está orientado a que esos niños se formen y que no pierdan su identidad.

Me piden que dé voces para que les lleguen revistas, periódicos, libros de España. Quieren que el centro no sólo sea un centro de reunión, sino también de lectura.

—El único periodista español en Alemania que ha hecho algo por nosotros es el corresponsal de «Arriba». Nos trae el diario.

En efecto, el diario «Arriba» está sobre una mesa, con huellas evidentes de haber pasado de mano en mano. Voy al lavabo y dentro hay dos hombres tomando medidas para mamosterías de división. Me voy desprendiendo de adioses y consultas. Veo también a algunos estudiantes alemanes del día anterior que son habituales del centro, algo fascinados sin duda por el espectáculo de estos robinsones hispánicos que han reconstruido su vida a base de memoria y deseo. Una estudiante alemana que habla muy bien el español me dice que quiere hacer una película sobre España. Apenas sí tengo tiempo de responderle. He de irme con los padres de José Mari, el niño fugitivo, que se va directo hacia la puerta de la calle. José Mari, pequeña conciencia de que cada día está de paso por una tierra que no es la suya. ■ M. V. M.



Aspecto del local donde hoy está instalado el centro español de Berlín, cuando se iniciaron los trabajos de acondicionamiento.